

había disuelto la Cámara, por haberle ofendido negándole su concurso, y prometiendo mantener la Carta, pero á condición de poder ejercer libremente «los sagrados derechos de su corona». Nadie dudaba del triunfo de los liberales, excepto Carlos X y Polignac. El embajador de Austria, Appongi, escribía á Metternich: «Este es el paraíso de los locos de Milton; su situación es deplorable; pero creen estar maravillosamente bien.» La consigna de los liberales era reelegir á los doscientos veintiuno. El veintitrés de Junio, no obstante corresponder la elección á lo que podría llamarse aristocracia del sufragio, resultaron vencedores ciento cuarenta diputados de oposición por cincuenta y siete ministeriales. En los departamentos, la derrota del gobierno fué más abrumadora todavía. De los doscientos veintiún diputados fueron reelegidos doscientos dos. La oposición contaba con doscientos setenta votos; el ministerio sólo con ciento cuarenta y cinco. La noticia de la toma de Argel, comunicada por telégrafo, no ejerció influencia ninguna en favor del gobierno. Éste, sin embargo, creyó que el éxito feliz de las armas francesas le permitiría imponer al país su voluntad. Villele advirtió el peligro. «Es muy posible, dijo, que los ministros arrastren al desventurado príncipe y á la nación á golpes de Estado mal preparados, mal concebidos y mal sostenidos». Con algunas concesiones y cambiando de ministerio se hubiera podido conjurar la tormenta. Los monarcas más absolutistas, el mismo Nicolás de Rusia, aconsejaron al Rey medidas conciliadoras; Carlos X se mantuvo inflexible. «Las concesiones, contestó, perdieron á Luis XVI; debo ó montar á caballo, ó subir á la carreta.»

El artículo catorce de la Carta decía: «El rey es el jefe supremo del Estado. Ejerce el mando de las fuerzas terrestres y navales, declara la guerra, celebra los tratados de paz, de alianza y de comercio, provee todos los empleos de la administración pública y dicta los reglamentos é instrucciones que se necesiten para la ejecución de las leyes y la seguridad del Estado». Interpretando á su antojo este texto legal, el Rey y los ministros acordaron anular las elecciones y publicar una nueva ley electoral y otra de imprenta, por medio de decretos. Firmáronse éstos el veinticinco de Julio: el Rey, al ir á poner su nombre, tuvo un momento de vacilación. «Cuanto más pienso en ella, más me persuado de que no hay otro recurso», dijo, y firmó. El ministro de Marina, d'Haussez, recorrió las paredes con la mirada. «¿Qué buscáis?», le preguntó Polignac. «El retrato de Strafford», respondió. Al día siguiente aparecieron los decretos en el *Monitor*; eran en número de cuatro. El primero suspendía la libertad de la prensa periódica: ningún diario, ningún escrito de menos de veinte hojas de impresión podría darse á la estampa en lo sucesivo, sin autorización del gobierno. El segundo disolvía la Cámara de diputados. El tercero fijaba el número de representantes en doscientos treinta y ocho, reorganizaba los colegios, reducía los electores en una cuarta parte y arrebatava á las Cámaras el derecho de enmienda. El cuarto convocaba al cuerpo electoral para los días seis y trece de Septiembre.

No se había tomado ninguna precaución para el caso de un levantamiento. El Rey se fué á cazar á Rambouillet, muy tranquilo.

Al leerse el *Monitor* en la Bolsa el papel bajó seis francos. Reunidos en la redacción del *Nacional*, muchos escritores resolvieron publicar una protesta, que Thiers redactó. «El régimen legal, decía este documento, se ha interrumpido; comienza el de la fuerza bruta. La obediencia cesa de ser un deber. Los periódicos, que son los llamados primeramente á prestarla, deben también ser los primeros en dar el ejemplo de la resistencia á la autoridad que se divorcia de la ley. No tenemos que trazar su línea de conducta á la Cámara ilegalmente disuelta; pero podemos suplicarle en nombre de Francia que resista á la violación de la ley. El gobierno ha perdido hoy el carácter de legalidad que obliga á la obediencia. Por nuestra parte, le resistimos en lo que nos concierne; á Francia toca ahora decidir hasta dónde debe extenderse su resistencia». Después de leído este escrito: «Hacen falta nombres al pie», gritó Thiers; «se necesitan cabezas», y firmó el primero. Los magistrados también demostraron mucho valor. En efecto, á petición del *Tiempo*, del *Diario de Comercio*, del *Diario de París* y del *Correo Francés*, el tribunal de primera instancia, presidido por Debelleyme, condenó á los dueños de los establecimientos donde se imprimían dichos periódicos á componer y tirar los números del día, «por ser el decreto del día veinticinco contrario á la Carta y no obligar, de consiguiente, ni á la persona sagrada é inviolable del rey, ni á los ciudadanos, cuyos derechos desconocía. Aquella misma tarde, hubo manifestaciones tumultuosas en el Palais-Royal, y un tropel de gente se dirigió al ministerio de Negocios Extranjeros, apedreando las ventanas del palacio y el coche de Polignac.

El día veintisiete, el aspecto de París era amenazador desde el amanecer. Los cajistas de las imprentas, despedidos por sus patronos, recorrían las calles leyendo en alta voz, en medio de los grupos que se formaban, los diarios que insertaban la protesta de la prensa periódica, acompañándola de ardientes comentarios. «El crimen se ha consumado», había escrito Remusat en el *Globo*. Se cerraron las tiendas y talleres; otros obreros se unieron á los impresores; los dependientes de comercio y de los escritorios se lanzaron á la calle; los estudiantes bajaron del barrio latino al centro de París. La agitación se transmitió á todas las clases.

Viendo echarse encima el conflicto, aunque muy confiado en dominarlo, Polignac dió el mando de París al mariscal Marmont. Fué esta otra imprudencia, porque no había general más impopular, estando vivo en las almas el recuerdo de la traición de Essonne. La muchedumbre, arrojada del Palais-Royal por los gendarmes, se defendió á pedradas: un destacamento de la guardia hizo fuego sobre las masas; algunos hombres cayeron muertos ó herido; el pueblo gritó ¡á las armas!, paseando por las calles el cadáver de una de las víctimas para excitar la venganza. La guardia y los gendarmes de caballería dieron cargas á los grupos, y el ruido del alboroto vino á turbar en medio de sus delibe-



raciones á unos cuarenta diputados, reunidos en casa de Casimiro Perier. La mayor parte de ellos solo estaban preparados para la lucha legal; el giro que tomaban los acontecimientos les cogía de sorpresa, y su actitud era irresoluta. Berard les propuso publicar una protesta en el acto; sin embargo, se contentaron con encargar á Guizot, Villemain y Dupin, que redactase cada uno un borrador, aplazando toda decisión hasta el día siguiente. Mientras tanto, la situación se agravaba por momentos; empezaron á levantarse barricadas en la calle San Honorato; la tropa las tomó; corrió la sangre; el pueblo se empeñó más en la lucha. Polignac declaró á París en estado de sitio; pero, al mismo tiempo, mandó á decir á Carlos X, que estaba en su palacio de Saint-Cloud: «Suplico encarecidamente al Rey que no haga caso de los alarmistas, ni crea á nadie más que á mí. Esto no es otra cosa que un simple motín. Si me engaño en mis previsiones, otrezco en holocausto mi cabeza á V. M.» Carlos X debía atender la súplica de su ministro.

En la noche del veintisiete al veintiocho, la insurrección se organiza bajo la dirección de antiguos militares, de los carbonarios, de los alumnos de la escuela politécnica, de un pequeño grupo de republicanos enérgicos, formado de estudiantes y obreros que capitanea Godofredo Cavaignac, hijo del convencional del mismo nombre. Parte de los guardias nacionales, que conservaban sus armas, se unen á los sublevados. Las calles se erizan de barricadas. Los grupos invaden el Hotel de Ville; derriban la bandera blanca, y la tricolor reaparece en las ventanas de la sala famosa que presencié las grandes escenas de la Revolución. Minutos después, flota también en las torres de Nuestra Señora, y la campana grande de la catedral, echada á vuelo, ensordece los aires con su formidable estrépito. Desde Saint-Cloud se oye la campana, se ve la bandera. Los barrios del Este de París se hallan todos en poder de los insurrectos.

Marmont escribió al rey: «Señor, esto no es un motín; es una revolución. Urge que V. M. dicte medidas pacificadoras. Hoy puede salvarse todavía el honor del trono; mañana ya no será tiempo». Carlos X no contestó. Las tropas se batieron hasta las tres de la tarde, en que Marmont, viéndolas rodeadas por todas partes de barricadas y expuestas al mortífero fuego que se les hacía desde ventanas y tejados, les dió orden de reconcentrarse en el Louvre, en donde recibió á una comisión de diputados, compuesta de Casimiro Perier, Gerard, Lobau y Mauguin, que le instaron á escribir otra vez al monarca, como lo hizo. En la plaza de las Victorias, un regimiento de línea se había pasado á los sublevados. De ocho mil combatientes de que dispusiera Marmont hasta entonces, había perdido dos mil quinientos entre muertos, heridos, prisioneros y desertores. De Saint-Cloud le contestaron: «Teneos firme y esperad órdenes mañana».

El veintinueve llegó de Versalles un refuerzo de mil quinientos hombres; pero los soldados se morían de hambre y sed, y ya la revolución, dueña del Oeste de la capital y del Palais-Bourbon, amenazaba los Inválidos. Marmont encontrése aislado en el Louvre

y las Tullerías; Talleyrand, mirando el reloj, dijo: «El veintinueve de Julio, á las doce y cinco minutos, ha cesado de reinar en Francia la rama mayor de los Borbones»; y en seguida se fué en busca del duque de Orleans. Dos regimientos más fraternizaron con el pueblo. Marmont, al saberlo, temiendo que otros dos regimientos que estaban en las Tullerías siguieran el ejemplo de aquéllos, los mandó replegarse á los Campos Eliseos, y llamó á uno de los batallones suizos que defendían el Louvré, para enviarle á cerrar la salida de la plaza de Vendome. El segundo batallón suizo, falto de punto de apoyo contra los ataques reiterados del pueblo, se dejó invadir del pánico, retirándose en desorden hacia las Tullerías, donde penetraron los insurrectos, después de haber ocupado el Louvre. La derrota de los suizos se comunicó al resto de las tropas, que huyeron casi á la desbandada hasta los Campos Eliseos, donde Marmont consiguió reunir las, dándoles órdenes de ir á Saint-Cloud. La bandera tricolor flotaba en las Tullerías. El pueblo había triunfado, aunque pagando cara su gloriosa victoria, pues tuvo cinco mil trescientas bajas entre muertos y heridos.

En el ínterin, Carlos X seguía casi descuidado. El día veintiocho le comunicó Polignac que la Santa Virgen se le había aparecido la noche anterior, ordenándole perseverar. ¡Tal era la razón de que el Rey y el ministro mostraran tanta seguridad! Sin embargo, el veintinueve por la mañana, Semonville, refrendario de la Cámara de los pares, y su colega d'Argout, después de avistarse con Polignac, que aún se negaba á ceder, y con los demás ministros, ya desalentados, se encaminaron á Saint-Cloud para enterar al soberano de la verdad y pedirle que retirara los decretos y cambiase de gabinete. No sin trabajo consiguieron ver al Monarca, y ayudados de Vitrolles y de d'Haussez, quebrantar su confianza. El Rey hubo de rendirse á la evidencia cuando, hecho cargo del mando de las tropas del duque de Angulema, en reemplazo de Marmont, se convenció de que París estaba perdido sin remedio. A las tres de la tarde, Carlos X firmó un decreto derogando los anteriores, y encomendó á Mortemartel la formación de nuevo ministerio, en el que debían entrar Casimiro Perier y el general Gérard. A las seis se partían á París Vitrolles, Semonville y d'Argout para dar á conocer las disposiciones del Rey: en todas partes iban á oír la misma respuesta: «Ya es tarde».

Estaban reunidos los diputados en casa de Laffite cuando supieron la toma del Louvre, con lo que, saliendo de sus cavilaciones, acordaron ponerse al frente de la revolución triunfante. En este momento llegó Lafayette, y les manifestó su resolución de aceptar el mando de la guardia nacional que le ofrecían gran número de ciudadanos. «No puedo, dijo, dejar de responder al llamamiento que se me dirige. A los setenta y tres años, mi conducta será la misma que á los treinta y dos». Guizot asintió á las palabras del animo so anciano, y propuso nombrar una comisión municipal que se consagrara á restablecer el orden. Aprobada la idea, los diputados designaron á Laffite, Perier y otros para for-



mar la comisión indicada, que iba á ejercer la autoridad de un verdadero gobierno provisional.

A su regreso de Saint Cloud, d'Argout dirigióse al Hotel de Ville, donde encontró á Lafayette, quien le dijo fuese á ver á Laffite; éste no le ocultó que era inevitable el cambio de dinastía, si bien prometióle esperar al día siguiente para adoptar una decisión, mas no por ello cesó de ocuparse con Thiers y Mignet en trabajar á favor del duque de Orleans. El día treinta por la mañana, apareció en las esquinas una alocución redactada por Thiers, que decía: «Carlos X no puede volver á entrar en París: ha hecho correr la sangre del pueblo. La República nos expondría á espantosas divisiones, además de enemistarnos con Europa. El duque de Orleans es un príncipe adicto á la causa de la Revolución. El duque de Orleans no se ha batido contra nosotros. El duque de Orleans estuvo en Jemmapes. El duque de Orleans es un rey ciudadano. El duque de Orleans ha ostentado en la guerra la escarapela tricolor. El duque de Orleans puede únicamente traernos otra vez los colores nacionales; no los queremos de otro. El duque de Orleans calla. Espera nuestro voto. Proclamémosle, y aceptará la Carta tal como siempre la hemos entendido y deseado. No será deudor de la corona sino al pueblo francés». Al mismo tiempo se acordaba, á instancia de Laffite, que los diputados presentes en la capital celebraran sesión en el Palais Bourbon. El célebre banquero comprendía que era preciso no perder momento; porque los republicanos eran dueños del Hotel de Ville, y no convenía darles lugar á organizarse.

Se hablaba del duque de Orleans como si de antemano constase su consentimiento, y sin embargo él aún no había desplegado sus labios. Ocasión es esta de decir algo acerca del carácter y conducta del futuro rey de los franceses.

Durante la mayor parte de la revolución, la república y el imperio, Luis Felipe había vivido en la emigración, separado de la rama mayor de los Borbones. Primeramente estuvo en Suiza, dando lecciones bajo nombre supuesto, y de allí pasó á América. A su regreso á Europa, se estableció en las inmediaciones de Londres, disfrutando una pensión que le pasaba el gobierno inglés. Entre Borbones y Orleans, nunca bien avenidos, alzabase ahora como un espectro el recuerdo de Felipe Igualdad. A pesar de esto, se reconciliaron, y la dinastía restaurada puso en posesión de sus cuantiosos bienes á la rama menor, portándose con ella generosamente, aunque nunca dejó de mirar á Luis Felipe con antipatía y recelo. El duque parecía haberse propuesto no dar á sus parientes el más insignificante motivo de queja; esto no obstante, en su interior era inevitable que pensara en la eventualidad de heredar él ó los suyos la corona de Francia, pues la rama primogénita se hallaba próxima á extinguirse. En efecto, si la duquesa de Berry no llegaba á tener hijos varones, á la muerte del duque de Angulema correspondería el trono al hijo mayor de Luis Felipe. Por esto cuando nació el hijo póstumo del duque de Berry, el du

que de Burdeos, los de Orleans sufrieron tremendo desengaño, según se infiere de la carta escrita por Dumouriez á Luis Felipe el veinte de Octubre de mil ochocientos veinte, donde se lee el siguiente pasaje: «La buena suerte que han tenido acabará por volverlos locos, y se acarrearán nuevos peligros abusando de los favores de la Providencia. Permaneced más quieto y más tranquilo que nunca y dejad venir los sucesos.» Luis Felipe no tomó jamás parte directa ni indirecta en ninguna conspiración contra la dinastía reinante; mas, en cambio, hubiérase dicho que ponía empeño en que la sencillez de sus costumbres formara contraste con la fastuosidad de la corte. Discurría á pie por las calles de París, con su paraguas debajo del brazo, y sus hijos estudiaban en el *Colegio de Francia*. Luis XVIII que, como sabemos, no tenía nada de torpe, fijábase en estos detalles y escribía en mil ochocientos veintiuno: «Desde su vuelta, el duque de Orleans es jefe de partido, al parecer sin saberlo. Su nombre es bandera de amenazas; su palacio, centro de atracción. Está inmóvil y, sin embargo, le veo seguir su camino. Esta actividad sin movimiento me inquieta. ¿Cómo impedir andar á un hombre que no da paso alguno?» Dedúcese de lo expuesto que el duque de Orleans, sin hacer nada para precipitar los acontecimientos, estaba preparado á recibirlos.

Resueltos los orleanistas á consumir la ruina de los Borbones y anticiparse á los republicanos, Thiers, que no conocía al duque, fué á Neuilly, residencia actual de aquél, llevando algunas palabras escritas de Laffite y del general Sebastiani. Luis Felipe no estaba en Neuilly cuando Thiers se presentó; temiendo ser detenido por orden del Monarca, la víspera se había ido á sus propiedades del Raincy. El joven historiador de la Revolución aseguró á la mujer y á la hermana de Luis Felipe, que era menester optar entre la corona y el destierro. La duquesa, María Amelia, princesa de Nápoles y tía de la duquesa de Berry, se rebeló ante la idea de que se destronara á Carlos X en provecho de su marido; pero la princesa Adelaida, mujer enérgica y dotada de capacidad política, asintió á lo manifestado por Thiers y respondió de su hermano, á quien en seguida mandó un aviso. El día treinta por la noche, llegó á París Luis Felipe: los diputados habían decidido confiarle la lugartenencia general del reino; él la aceptó, redactando, de acuerdo con Dupin y Sebastiani, una proclama, donde, después de declarar que «no había vacilado en correr á compartir los peligros de la heroica población de París», anunciaba que las Cámaras iban á reunirse á fin de arbitrar los medios necesarios «para asegurar el reinado de las leyes y el mantenimiento de los derechos de la nación...» «La Carta, terminaba, será verdad en lo sucesivo».

Necesitábase ahora que el pueblo, aún en armas, prestara su conformidad, al menos en apariencia, á lo que se intentaba hacer. Los diputados y el duque determinaron ir al Hotel de Ville, donde estaba el centro de la acción popular. Hallábanse seguros de ser bien recibidos por Lafayette, á quien aquella mañana su nieto político, de Remusat, había